

marzo tres ó cuatro pequeños, que nacen con los ojos cerrados; tienen formas muy graciosas y su pelaje es amarillento. La madre profesa á su progénie tanto cariño como el zorro.

»Durante el día duerme el fenec en su madriguera; se enrosca y oculta la cabeza bajo la cola, dejando únicamente las orejas al descubierto. Si se le sorprende gime como pudiera hacerlo un niño, manifestando así su descontento.

»Al ponerse el sol abandona la madriguera para dirigirse á los abrevaderos, mas no atraviesa las colinas de arena, sino que camina entre ellas á fin de estar siempre oculto. Las fuentes de los oasis consisten por lo regular en un agujero practicado en forma de embudo, pues el terreno arenoso, cortado por lechos de arcilla, no permitiría formar un pozo con paredes verticales. Al rededor de dichas fuentes se halla siempre húmeda la tierra, y por esto queda impresa la huella del fenec, pudiéndose ver la conformación particular de los piés, cuyos dedos están muy unidos y tienen uñas muy salientes, sobre todo en las patas posteriores.

»El fenec va primero á la fuente, donde bebe hasta la saciedad, y para satisfacer luego su apetito, comienza á buscar pajarillos, que constituyen su alimento preferido. Entonces se le ve entre las colinas de arena, entre las rocas y las yerbas de los oasis, por donde se desliza con la mayor cautela, escuchando y mirando hácia todos lados; nada escapa á su penetrante vista, y sus oídos perciben el mas ligero rumor.

»Desgraciada la golondrina del desierto que se halla á su paso, si en vez de salvarse con rápido vuelo, se ocupa tan solo de sus trinos y deja oír una sola nota! ¡Desgraciada la perdiz perseguida por el carnicero, porque ella es su presa favorita, y con una sola puede satisfacer su apetito y hasta el de toda la familia! Si en alas del viento llega hasta el fenec el olor de una bandada, ó cae sobre una pista, el animal la sigue atentamente, con el hocico pegado á tierra, y avanza sin ruido, silencioso é invisible. Conoce muy bien la perdiz; su mirada es tan segura como penetrante; una piedra, un monton de arena del mismo color no bastan para engañarle nunca; y además le sirven de poderosos auxiliares su fino oído y la sutileza de su olfato. Por leve que sea el rumor que produce la perdiz al entrar en su nido; por ligero que sea su movimiento, cuando ya medio dormida, trata de ponerse en seguridad; por imperceptible que nos parezca el olor que deja á su paso, todo esto es mas que suficiente para herir los delicados sentidos del fenec. Apenas reconoce algun indicio, avanza, rastrea, se detiene detrás de una breña; brillan sus ojos, enderézanse sus orejas, y tiende el cuello hácia el pájaro, que duerme confiado en su seguridad. Todo es entonces vida en el fenec, y á pesar de ello, ni un solo movimiento revela su presencia; permanece algunos instantes inmóvil y como petrificado; luego da un salto, óyese un ligero ruido y la pobre perdiz cae prisionera. Las demás huyen en desórden, aleutando aturdidamente; revolotean al azar en la oscuridad, y se dejan caer de nuevo entre las yerbas, ignorando cuál es el visitante nocturno que así las ha espantado. Persigue el fenec sin distinción á las viejas y á las jóvenes, destruye crias enteras y hasta devora los huevos. Si le falta este alimento, come insectos, principalmente ortópteros, lagartos, gerbos y otros pequeños roedores. Yo he visto con frecuencia los pelos de estos animales en las madrigueras del fenec.

»También visita las plantaciones de palmeras, pues le gustan mucho los dátiles; sin despreciar las sandías como los zorros.

CAZA.—»Se coge al fenec con lazos que se colocan de día á la entrada de su madriguera, ó bien se descubre esta, aunque el medio es poco seguro. Este animal no corta el lazo

con que se le ha cogido, como lo hace nuestro zorro, ni lo intenta tampoco, aunque se haya estrechado el nudo por los esfuerzos del prisionero y le corte la carne. Débese esto, sin duda, á que la mandíbula es muy débil y nada á propósito para roer cuerpos duros, puesto que los músculos no tienen suficiente vigor. Tres individuos vivos me dieron una prueba de ello: cuando no estaban libres, ó mejor dicho, cuando no se les podia dejar correr por la habitacion, encerrábanlos en una jaula pequeña con un enrejado de madera de pinabete, que apenas tendria tres centímetros de espesor. Los fenecs estaban toda la noche al lado y nunca consiguieron cortarle.

CAUTIVIDAD.—»Cuando se halla cautivo este animal, sobre todo si se le ha cogido jóven, llega á ser un compañero tan animado como agradable: se domestica muy pronto y se encariña con su amo; y hay muchos individuos que le siguen, salen, entran y vuelven por la noche á su jaula. No vive en buena armonía con sus semejantes: si se ponen varios fenecs juntos se muerden con frecuencia, y las hembras, particularmente, sufren mucho por los malos tratamientos de los machos; yo he visto á uno que acabó por matar á su compañera.

»A todos mis cautivos les gustaba el calor mas que otra cosa alguna, tanto que varias veces se quemaron los pelos y las patas en las cenizas aun calientes de la chimenea. Era preciso preservarles del fuego, pues de lo contrario, metíanse en medio de él. Cuando comía yo, echábase á mis piés mi fenec favorito y recogía todo cuanto iba cayendo de la mesa; el pan y la leche eran su alimento preferido. En mi cuarto habia varias jaulas con pájaros, los cuales llamaban mucho la atención del fenec; permanecía horas enteras observando sus movimientos, y revelábase entonces en su fisonomía el deseo de apoderarse de aquella presa.

»Cuando se le trata bien, este animal puede vivir mucho tiempo cautivo. El mio subsistió aun dos años mas en el jardín zoológico de Berlin, donde murió por un accidente imprevisto. Cierto día, siguiendo á su guardian, á quien acompañaba por todas partes, penetró en la jaula de un chacal, que le mató al instante, con gran sentimiento de todos cuantos conocian al pobre fenec.

»Es preciso preservar del frío á estos hijos del Sahara, pues de lo contrario contraen una enfermedad de ojos que les produce la muerte.»

En estos últimos años han existido fenecs en diferentes jardines zoológicos; y yo he visto dos en el Jardín de Plantas de Paris. A causa del frío fué necesario ponerlos en la parte mas abrigada, donde iban los guardianes pocas veces, y por esto era su alegría mucho mayor cuando les visitaba álguien. Parecian volverse locos, saltaban en todos sentidos, gritaban de contento y dominábales la mas viva excitacion.

Para terminar, diré con mi amigo el doctor Buvry, que el fenec es de todos los zorros el mas dócil y gracioso.

LOS OTOCIONES—OTOCYON

Todas las especies de zorro hasta aquí citadas no difieren del carácter general por lo que mira á su dentadura, y representan, por consiguiente, grupos que en rigor no se pueden llamar familias; por el contrario, las especies que vamos á describir, son diferentes de las ya estudiadas, no solo por sus caracteres exteriores, sino que también por su aparato dentario, y merecen, por lo tanto, nuestra particular atención.

EL OTOCION DE GRANDES OREJAS— OTOCYON MEGALOTIS

CARACTERES.—El otocion ó perro de grandes orejas (*otocyon cafer*, *canis Lalandii*, *agrodus*, *otocyon Lalandii*) está



